

Hesse, que eran aquellos á quienes esa cuestion mas interesaba, al paso que Sajonia, que ya habia obtenido para sí la amnistía en la paz de Praga, observaba su antigua actitud pasiva. En cambio, algunos príncipes católicos recomendaban la amnistía general porque comprendian que solo de esta suerte podria llegarse á la paz general tan deseada. De modo que en la dieta habia un partido de la paz, mezcla de católicos y protestantes, que á principios de 1641 recibió un importantísimo refuerzo con la adhesion del joven elector Federico Guillermo de Brandeburgo, que en diciembre del año 1640 habia sucedido á su padre Jorge Guillermo. Muy pronto hubo de ver el emperador que reinaban entonces en Berlin unas corrientes muy distintas y muchísimo mas enérgicas que en tiempo del débil elector Jorge Guillermo, que se dejaba dirigir en absoluto por Schwarzenberg, aquel ministro omnipotente á quien la muerte, que le sorprendió á poco de empuñar las riendas del gobierno Federico Guillermo, le evitó el caer en completa desgracia, si bien antes de morir ya hubo de sentir los primeros síntomas de ella. El joven elector, que inmediatamente escogió una vigorosa neutralidad armada en vez de seguir apoyando al emperador, y que negoció desde luego con Suecia un armisticio, envió tambien sus embajadores á la dieta encargándoles que apoyaran enérgicamente á Hesse y á Brunswick en sus esfuerzos por conseguir una amnistía general y el restablecimiento del estado de cosas anterior á 1618. Mas como esa amnistía habria significado el levantamiento del destierro de los electores del Palatinado y de Tréveris y del duque de Wurtemberg, el emperador se oponia á ella resueltamente y su ministro Trautmannsdorff declaraba que antes que concederla aconsejaria á Fernando que huyera á Madrid como expatriado. Sajonia, que en un principio reconoció las funestas consecuencias de la paz de Praga, acabó por separarse nuevamente de sus correligionarios y con Colonia y Baviera púsose al lado del emperador, con lo cual resultó por el pronto infructuosa la actitud enérgica de Brandeburgo. Sin embargo de esto, su conducta no dejó de influir en la marcha de las negociaciones, tanto mas cuanto que las opiniones por Brandeburgo sustentadas se vieron poderosamente apoyadas, durante la dieta, por la aparicion de una obra literaria que produjo gran sensacion en el mundo político. En efecto, con el seudónimo de Hipólito á Lápede, el diplomático é historiador sueco Chemnitz publicó en 1640 un libro titulado *Dissertatio de ratione status in imperio nostro Romano-Germánico*, en el cual dirigia al emperador cargos tan duros como justos por toda la política que hasta entonces habia seguido y formulaba una série de proposiciones para la reorganizacion de la constitucion del Imperio que dejaban muy atrás á las pretensiones planteadas por Brandeburgo, Hesse y Luneburgo, y que señalaban como único medio de salvar al decadente Imperio germánico la expulsion del mismo de la casa de Austria. Por vez primera y por análogo motivo que el que veinticinco años despues impulsó á Samuel Pufendorf á combatir en su libro, aunque no con tan sólidas razones, la monstruosidad de la constitucion imperial, se expresaba entonces públicamente la opinion de que el Imperio, como tal, habia cesado y debía cesar de ser un Estado y de que en su lugar debía aparecer una confederacion germánica sobre la cual pretendia Chemnitz que Suecia y Francia habian de ejercer un protectorado permanente.

No habia por entonces peligro alguno inmediato de que tales teorías se convirtieran en realidad práctica, pero el libro indicaba claramente qué cosas consideraban posibles los enemigos radicales del Imperio de los Habsburgos y á cuales peligros se exponia el emperador si dejaba que las cosas se extremaran. Y precisamente entonces el emperador y los

Estados pudieron, en Ratisbona reunidos, ver un ejemplo patente de las alternativas á que está sujeta la suerte de la guerra, pues durante las lentas discusiones de la dieta se presentó repentina é inesperadamente delante de aquella ciudad el ejército franco-sueco unido en actitud de poner término impensado á los debates.

En efecto, Baner habia resuelto acometer la audaz tentativa de abandonar de repente sus cuarteles de invierno de Luneburgo y avanzar sobre Ratisbona para acabar con la dieta y con el emperador, y en pleno diciembre púsose en marcha, uniéndose con Guebriant y atravesando Baviera llegó hasta Regenstang, que está junto á aquella ciudad, y disparó desde allí algunos cañonazos sobre ella (26 enero 1641). Pero, habiéndose presentado de pronto el deshielo, hízose imposible el paso del Danubio y el golpe de mano intentado fracasó, viéndose Baner y Guebriant perseguidos por los imperiales y teniendo que huir hasta el Norte de Alemania.

De todas maneras la aparicion del ejército franco-sueco habia producido indecible pánico en Ratisbona. Muchos representantes de los Estados habian querido abandonar la ciudad y únicamente el emperador habia conservado su valor y su serenidad tranquilizando con su actitud á los demás. Aquel terror no influyó inmediatamente en los debates. El emperador, á pesar de la oposicion que entonces le hicieron los mismos príncipes católicos, incluso su mas leal aliado Maximiliano de Baviera, siguió resistiéndose tenazmente á otorgar la amnistía general y solo concedió al fin una amnistía limitada que le dejaba en completa libertad de accion, «hasta tanto que se realizara la union real de todos los Estados bajo la supremacia del jefe del Imperio,» para proceder contra todos aquellos que no se sometieran.

La idea de una pacificacion general se habia expresado por vez primera en Ratisbona de una manera tan insistente que era imposible desentenderse por completo de ella; al propio tiempo se habia demostrado claramente que el emperador era quien en primer término dificultaba y aun imposibilitaba la paz con su actitud obstinada; y sobre todo se habia puesto de manifiesto la oposicion enérgica que hasta los católicos habian hecho á la política imperial, oposicion que se habia dirigido especialmente contra la fusion de los intereses de España con los del Imperio. El emperador no podia ni queria romper aquella comunidad de intereses con la nacion española, y por esto exigia entre otras cosas para firmar la paz general que cesara la guerra hispano-francesa, que en aquel entonces tan mal cariz presentaba para España; pero contra este criterio de Fernando, que amenazaba eternizar la guerra en el Imperio, habíase al fin levantado resueltamente Maximiliano de Baviera, no pudiendo desde aquel momento el emperador negarse á entablar negociaciones de paz que dieron por resultado el acuerdo de celebrar inmediatamente en Munster y en Osnabruck un congreso al propio tiempo que se reunia una asamblea de diputaciones en Francfort del Mein.

De antemano se comprendia que el éxito de las negociaciones de ese congreso habia de depender de la marcha de los acontecimientos de la guerra, debiendo advertir que esta, lejos de interrumpirse, continuó y aun influyó incesantemente en uno ú otro sentido en aquellos trabajos que para el logro de la paz se llevaban á cabo.

MUERTE DE BANER Y VICTORIAS DE TORSTENSON
GUERRA ENTRE DINAMARCA Y SUECIA

Despues del fracaso de la empresa intentada contra Ratisbona, Baner y Guebriant, ante la superioridad de fuerzas de los imperiales y de los bávaros, habian tenido que reti-

rarse al Norte. Allí se separaron de nuevo los dos ejércitos, dirigiéndose los franceses hácia el Rin y penetrando otra vez Baner en Bohemia, de donde hubo de retirarse muy pronto refugiándose en Sajonia. A fines de marzo ocupaba Swickau y sus alrededores cuando la presencia de un ejército imperial muy superior al suyo y mandado por Piccolomini le puso en gravísimo aprieto. Pidió entonces con urgencia auxilio á Guebriant, el cual acudió en efecto en su ayuda, y unidos los dos ejércitos sostuvieron con Piccolomini una lucha formal y sangrienta, pero no decisiva. Poco tiempo despues, en 21 de mayo de 1641, murió Baner á consecuencia de una vida de disipacion y desorden.

Esta muerte colocó al ejército sueco en una situacion en extremo peligrosa, parecida á la en que habia quedado el de Weimar despues del fallecimiento de Bernardo. Los coroneles alemanes y sus subordinados, que hacia largo tiempo

constituían la mayoría del ejército sueco, sentian vivos deseos de irse cada cual por su lado, y aun en las mismas tropas genuinamente suecas habia desaparecido aquel espíritu rígido de disciplina y de orden, así como aquel entusiasmo por una gran causa nacional y religiosa, que habian hecho invencible al ejército de Suecia en los dias de Gustavo Adolfo. Baner habia sido un excelente caudillo, dotado de grandes cualidades militares; pero lo mismo en sus vicios que en sus virtudes fué el verdadero tipo del guerrero de aquellos años últimos, los mas brutales de tan desastrosa lucha. Apto para soportar toda suerte de privaciones, desenfrenado, disoluto, incapaz de toda idea que supusiera un ideal elevado, no habia visto en la guerra sino un negocio, una ocasion para llevar una existencia licenciosa. Como era el jefe, así eran las tropas que á sus órdenes estaban, con la única diferencia de que en estas los efectos de una guerra,



Vista de Estokolmo. Facsímile de un grabado inserto en la obra de J. L. Gottfried, *Inventarium Sueciae* (1632)

que en el fondo no era sino una expedicion de rapiña organizada, manifestábanse de una manera mas brutal y repugnante. Con sus depredaciones del peor género, con sus saqueos que devastaban las comarcas alemanas del modo mas horrible, aquellos suecos en nada desmerecian de cualquier otra soldadesca, y sus crueldades y su salvajismo, como la famosa «borrachera sueca,» alcanzaron triste celebridad aun en aquellos tiempos tan acostumbrados á espectáculos horribos. Todos los nobles sentimientos de patria, religion, derecho y moralidad que animaron un dia al ejército sueco de Gustavo Adolfo parecian haber muerto sin dejar rastro de sí en aquella soldadesca, hablando de la cual hubo de decir en cierta ocasion el mismo Baner que nada tendria de extraño que la tierra se abriera y por justo decreto del destino se tragara á todos aquellos infames criminales.

¿Qué habia de ser de aquellas tropas hasta tal punto relajadas una vez muerto el general que con su capacidad guerrera habia sabido cuando menos mantenerlas con cierta disciplina militar? Llegado este momento, parecian destinadas á disolverse ó á transformarse en cuadrillas de salteadores, cuando en noviembre de 1641 se presentó al ejército Linardo Torstenson, el último general educado en la escuela de Gustavo Adolfo y como estratégico y organizador el mas ilustre de los generales suecos de los años posteriores. El fué el primero, despues de la muerte del rey, que comprendió que el objetivo y la mision de un general consistian en lograr uno tras otro y muy rápidamente algunos triunfos tácticos y no en conquistar tal ó cual plaza fuerte y conservar «puntos estratégicos.» Además estaba dotado de suficiente energía organizadora para restablecer el orden y la disciplina aun en un ejército tan relajado como el de Baner, y para realizar con él hazañas que por la increíble rapidez de los

movimientos asombraron al mundo entero. Torstenson, á pesar de la gota y otras dolencias que le obligaban á hacerse llevar constantemente en una litera, era un verdadero general dotado de tanta prudencia como energía, y en tres meses que consagró al reposo y al restablecimiento del orden hizo de la soldadesca de Baner un ejército aguerrido y dispuesto á hacer los mayores esfuerzos. Conseguido esto, avanzó hasta el Bajo Elba penetrando en la Antigua Marca, y en pocos, pero duros combates restableció la supremacia de las armas suecas. En abril de 1642 pasó el Elba por Werben y atravesando el Brandeburgo entró en los territorios hereditarios imperiales de Silesia, tomó por asalto Glogau en 4 de mayo, derrotó por completo al duque Francisco Alberto de Lautenburgo y llegó hasta Moravia. Mientras en el Este amenazaba á los territorios patrimoniales de la monarquía austriaca aquel peligro inmediato, en el Oeste conseguian tambien las armas francesas una victoria decisiva sobre los imperiales. En efecto, el día 2 de enero Guebriant ganaba una sangrienta batalla en el Bajo Rin, en Kempen, no lejos de Krefeld. Torstenson, despues de haber llevado el espanto hasta el corazón de los territorios hereditarios imperiales, se dirigió de nuevo repentina y rápidamente hácia el Norte, se unió con el cuerpo de ejército sueco que mandaban Konigsmark y Wrangel y se presentó en 30 de octubre de 1642 á las puertas de Leipzig. Los imperiales que á las órdenes de Piccolomini acudieron en auxilio de la ciudad fueron completamente derrotados con grandes pérdidas el día 2 de noviembre de 1642 en aquellos campos que tantos combates habian presenciado y en los cuales once años antes habia alcanzado Gustavo Adolfo su primera victoria decisiva. Inmediatamente despues Torstenson invadió nuevamente Bohemia, Silesia y Moravia.

Necesarias fueron todas estas victorias del enemigo para que el emperador se resolviera á fomentar en cierto modo la obra de paz tan calurosamente defendida por los Estados en la dieta de Ratisbona y que al fin había sido objeto de un acuerdo formal. Hasta entonces se había contentado Fernando con reanudar en diciembre de 1641 con los representantes de Francia y de Suecia las negociaciones seguidas durante los anteriores años en Hamburgo, habiéndose convenido, por lo referente á la cuestion de forma y á los preliminares, que los Estados católicos con Francia se reunieran en Munster y los protestantes con Suecia en Osabruck, y que esas dos ciudades disfrutasen de una absoluta neutralidad. Pero hasta setiembre de 1642 no se decidió á sancionar esos acuerdos y aun fueron menester las victorias de Torstenson para que fijara su atencion en la dieta de diputaciones que se reunió en Francfort, conforme á lo acordado en Ratisbona.

En esa dieta de diputaciones, que se inauguró en la primavera de 1643, sostuvieronse apasionados debates en los que se evidenció que tampoco los Estados católicos estaban conformes con la política del emperador. El antiguo antagonismo entre este y la Liga, que desde la dieta electoral de 1630 había cesado, reaparecía bajo nuevas formas, pues mientras el emperador, sin curarse de los acontecimientos que en el interin habían destruido fundamentalmente la antigua constitucion imperial, queria ante todo implantar una reforma en la justicia del Imperio basada en las viejas condiciones jurídicas imperiales, los mismos Estados católicos proclamaban la necesidad de tratar, antes que de cualquier otra casa, de la obra de la paz. Pero, por si esto no fuera bastante, los mas ilustres electores católicos, es decir, los de Maguncia, Colonia y Baviera, hacian notar con gran energía que en aquella obra de la paz el interés español, ó sea el interés dinástico del emperador, debía ser separado del interés del Imperio. Todos estaban resueltos á no intervenir mas en la guerra española y á no pagar ninguna otra contribucion para el sostenimiento de la misma. Mas acaloradas fueron todavía las discusiones cuando se trató nuevamente de la forma en que las negociaciones de paz debian seguirse, se decir, de la participacion que en las mismas debian tener los Estados del Imperio, pues el emperador intentó revocar la promesa hecha en Ratisbona y vindicar para él solo el derecho de negociar con las potencias extranjeras, pretension que fué unánimemente combatida. Esta unanimidad en la oposicion desapareció en los ulteriores debates, pues los electores pretendieron que en los tratados generales solo debian intervenir sus representantes, al paso que los otros príncipes y Estados sostenian que tambien ellos debian tener participacion en las negociaciones que se entablaran para la paz. Estos últimos tuvieron un valioso apoyo en uno de los electores, el de Brandeburgo, cuyo representante, Wessenbeck, era el único que seguia una política clara y consecuente que tendia exclusivamente á conseguir la paz á toda costa y de manera que no solo se refiriera á lo político, sino tambien á las cuestiones religiosas que se discutian y que habian originado la guerra. Por estas razones hizo Wessenbeck una oposicion enérgica á la proposicion de que las cuestiones religiosas fuesen tratadas despues de conseguida la paz general y por una dieta de diputaciones que se reuniria á los seis meses de firmada esta, dieta en la cual naturalmente tendrian, como de costumbre, los católicos gran mayoría. La consecuencia con que el delegado brandeburgués defendia su sistema produjo los resultados apetecidos; pues enlazando el derecho de todos los Estados á tomar parte en el congreso con la exigencia de que los asuntos religiosos fueran incluidos en las negociaciones de

paz, tuvo al cabo de algun tiempo la satisfaccion de ver agruppado á su alrededor, á pesar del antagonismo de creencias, un partido compuesto de católicos y de protestantes. Uno de los católicos, el representante de Wurzburg, llegó á decir que la pretendida «guerra de religion» de que siempre hablaban el emperador y Baviera no era sino una «inútil guerra privada» de estas dos potencias, que perjudicaba y acabaria por arruinar á los otros Estados. Ante esa oposicion á su política española se vió el emperador en una situacion cada vez mas comprometida.

Durante aquellas negociaciones, que prosiguieron lentamente y que se prolongaron casi sin resultado hasta 1645, se recibió en el verano de 1643 la noticia de haber estallado la guerra entre Suecia y Dinamarca. El emperador pudo entonces acariciar la esperanza de que este acontecimiento produciria en la situacion un cambio general favorable á sus intereses, tanto mas cuanto que en diciembre de 1642 y en mayo de 1643 habian fallecido el mas grande hombre de Estado de Francia, Richelieu, y el rey Luis XIII, siendo muy posible que el gobierno que regia los destinos de Francia en nombre de Luis XIV, que solo contaba cinco años, abandonase la guerra alemana. Pero esa esperanza hubo de desvanecerse muy pronto, porque despues de algunas vacilaciones el nuevo gobierno á cuyo frente se encontraba el cardenal Mazarino, á quien el mismo Richelieu había designado como sucesor suyo, siguió adelante por la senda que con tan gran éxito habia trazado Richelieu á la política francesa. Los comienzos del gobierno nuevo se señalaron por algunos triunfos militares. En efecto, en 19 de mayo de 1643 el jóven príncipe de Condé venció en sangriento combate, en Rocroy, á los españoles mandados por don Francisco de Melo y el conde de Fuentes, y en agosto logró apoderarse de la plaza fuerte de Thionville. Muy pronto tambien habia de patentizarse que la intervencion de Dinamarca en la guerra no seria bastante á detener á Torstenson en su marcha triunfal ni á aminorar los efectos de sus anteriores victorias.

A punto estaba Torstenson de abrirse nuevamente paso hácia los territorios hereditarios imperiales cuando recibió la noticia de que Cristian IV, celoso hacia tiempo de los triunfos de sus vecinos los suecos, habia accedido á las instancias del emperador y declarado la guerra á Suecia. Inmediatamente, es decir á fines de octubre de 1643, Torstenson, que ya habia emprendido la marcha hácia Viena, se dirigió con su acostumbrada rapidez contra Dinamarca, venció á sus contrarios en una porcion de sangrientas batallas, conquistó todo el Schleswig-Holstein y avanzó hasta Jutlandia. El rey de Dinamarca, que habia comenzado la guerra con la orgullosa esperanza de disputar á Suecia la supremacia en el Báltico, y que habia, en su consecuencia, roto las hostilidades apoderándose de algunos buques suecos y situando un barco aduanero delante de la isla de Ruden, vió desvanecidas todas sus ilusiones. Cristian habia esperado que la antigua rival de Suecia, Polonia, denunciaria el armisticio y le apoyaria enérgicamente; pero la combinacion europea contra la nacion sueca, con la que habia contado tambien el emperador y en la cual habia querido hacer entrar al elector de Brandeburgo, habia fracasado á consecuencia de los triunfos militares de Torstenson. Este pudo entonces dejar á Wrangel y á Horn que continuaran la guerra dinamarquesa, poco peligrosa ya para Suecia, y dirigirse contra Gallas que se acercaba al frente de un ejército que el emperador enviaba en auxilio de los daneses y habia llegado hasta el Bajo Elba. Tambien allí la fortuna protegió á Torstenson, pues en dos combates casi simultáneos librados en Jutborg y Magdeburgo en octubre de 1644, destruyó poco me

nos que por completo el ejército imperial, del que apenas 2.000 hombres pudieron salvarse con Gallas refugiándose en Bohemia, donde no titubeó en perseguirlos con la mayor rapidez el general vencedor. Torstenson se habia aliado con el príncipe de Transilvania, Jorge Rakoczy, sucesor de Bethlem Gabor, el cual desde Hungría, como él desde Bohemia, ponía en grave peligro la misma residencia del emperador.

Este hizo un esfuerzo supremo y organizó un nuevo ejército para ir al encuentro de Torstenson; pero aquellas tropas sufrieron la misma suerte que las que habia enviado en auxilio de los dinamarqueses, porque fueron completamente derrotadas en 6 de marzo de 1645 en Jankowitz, á tres millas de Tabor, siendo aquella una de las mas brillantes victorias alcanzadas por las armas suecas. Torstenson conquistó des-



El cardenal Mazarino

Facsimile reducido de un grabado de Pedro van Schuppen (1623-1707). Cuadro original de Pedro Mignard (1612-1695)

pues toda la Moravia y llegó hasta muy adentro del ducado de Austria, mientras Rakoczy, desde Hungría, avanzaba sobre Viena. El emperador se hubiera visto irremisiblemente perdido si en el Oeste los sucesos hubiesen seguido una marcha análoga y si los franceses hubieran desde allí penetrado en los territorios hereditarios imperiales. Este ataque combinado de los suecos por el Norte y de los franceses por el Oeste habia sido siempre el principal objetivo de Bernardo de Weimar y de Baner, pero ahora resultaba imposible porque los franceses, que durante los dos últimos años habian luchado con suerte vária contra los imperiales, sufrieron una tremenda derrota en los momentos en que mas en peligro estaba el emperador, derrota que permitió á este llevar á sus amenazados territorios hereditarios una parte de las tropas hasta entonces destinadas á la lucha en el Occidente.

Cuando el emperador con tanta habilidad como fortuna se esforzó por suscitar á los suecos, que tanto le molestaban, un nuevo enemigo en sus vecinos los dinamarqueses, no solo habia contado con la cooperacion de Polonia y con el restablecimiento de aquella coalicion norte-europea contra Suecia que en otro tiempo tantos obstáculos habia promovido á Gustavo Adolfo antes de su desembarco en Alemania, sino que habia acariciado tambien la esperanza de que Francia, despues de la muerte de Richelieu, tendria que luchar con serias dificultades interiores que le impedirian continuar tomando parte activa en la guerra alemana.

Por algun tiempo pudo creerse que esa combinacion se realizaria. El eminente hombre de Estado que por medio de una política como pocas constante y afortunada habia fundado el gran poderío absoluto de la monarquía francesa

en el interior y al propio tiempo desarrollado en el exterior una política vasta y universal, sentando uno y otra sobre bases al parecer indestructibles, habíase visto ya en vida, á consecuencia de las violencias que su sistema de gobierno trafa necesariamente consigo, envuelto en una série de conflictos con las facciones políticas que hasta entonces habian ejercido en Francia una influencia decisiva que perdieron durante su gobierno. Era, pues, natural que, muerto él, las antiguas facciones se agitaran con mayor energía. Siguiendo los consejos de su sábio ministro, Luis XIII habia adoptado para el caso de su propia muerte, que sus enfermedades hacían esperar como próxima, algunas disposiciones que debían asegurar durante la menor edad de su hijo, que solo contaba cinco años, la continuacion de la política hasta entonces seguida. Lo primero que con ello quiso evitar fué que su esposa Ana de Austria, que por razones de familia no habia estado nunca conforme con la política antiespañola de Richelieu, utilizara la regencia que por uso tradicional le correspondía para introducir algun cambio fundamental en el sistema de aquella política europea sobre la cual descansaba principalmente el poderío de Francia. Por esta razon dispuso que la reina, durante su regencia, tuviera á su lado un consejo en el que estaba destinado á desempeñar el principal papel el cardenal Mazarino, á quien con razon se consideraba como el continuador de la política de Richelieu. Pero á la muerte del rey, acaecida en 14 de mayo de 1643, el partido contrario á Richelieu, que estaba íntimamente unido con la reina regente, se desentendió de aquellas disposiciones y confió la regencia únicamente á la madre del monarca, en vista de lo cual los partidos á quienes Richelieu habia dominado esperaron que se produciría un cambio político radical y que de nuevo el poder pasaria á sus manos. El que mas confiado se manifestó fué el partido católico extremo que habia combatido constantemente la política de Richelieu por su alianza con los herejes; pero ¡cuán pronto vió desvanecidas sus esperanzas! Las tradiciones de la política que habia prevalecido en las últimas décadas, y á la cual debia Francia su poderío universal, pudieron mas en el ánimo de la reina, cuando esta se encargó del gobierno, que todas sus simpatías y antipatías personales, de suerte que á pesar de los lazos de parentesco que con la corte española la unían, perseveró en el sistema de hostilidad á España y poco á poco se fueron estrechando sus relaciones con Mazarino hasta convertirse en una confianza íntima y absoluta en el cardenal. Con esto subsistieron en Francia las tendencias fundamentales de la política de Richelieu, tanto mas cuanto que á raíz de la muerte de Luis XIII el joven príncipe de Condé alcanzó, en la guerra contra España, las brillantes victorias de Rocroy y Thionville de que antes hemos hablado.

Inmediatamente reanudaron los franceses la lucha en Alemania, pero encontráronse allí con la enérgica resistencia de las tropas bávaro-imperiales á las órdenes del feldmariscal Mercy y del general bávaro Juan de Werth, que habia sido libertado de su cautiverio. Guebriant, que en 1643 penetró en Suabia con el ejército weimar-francés, fué gravemente herido en Rottweil y falleció poco despues, y su sucesor Josías Rantzau sufrió en 24 de noviembre de 1643 una terrible derrota en Tuttlingen del Danubio, cayendo prisionero y desbandándose sus tropas. Luego consiguieron los bávaros arrojar á los franceses de una porcion de plazas fuertes que habian conquistado en la Alta Alemania, y hasta las conquistas llevadas á cabo por Bernardo de Weimar parecían estar en grave peligro, pues los bávaros pusieron sitio á Friburgo, amenazando con ello á Brisac que á costa de tantos esfuerzos habia sido tomada.

Mazarino, que comprendia perfectamente todo el valor de

estas posiciones conquistadas por Bernardo, se apresuró á enviar al otro lado del Rhin un nuevo ejército á las órdenes del mariscal Enrique de la Tour d'Auvergne, vizconde de Turena, que tanta fama habia de alcanzar en la historia militar francesa; pero tampoco este general pudo oponer una duradera resistencia á los avances de los bávaros, quienes en mayo de 1644 se apoderaron casi delante de su ejército de Friburgo. En su auxilio acudió desde el Mosa y el Mosela el príncipe de Condé, que habia recogido los primeros laureles en Rocroy y Thionville, mas ni aun así consiguieron los franceses victorias de verdadera importancia. Cierta que en agosto de 1644 lograron encerrar á los bávaros, despues de una tenaz resistencia, en Friburgo, pero no pudieron apoderarse de esa ciudad, ocupando en cambio Philippsburgo y aun la misma capital de la diócesis de Maguncia.

Poco despues se separaron Condé y Turena. Este, en 26 de marzo de 1645, repasó el Rhin y avanzó hácia Francoania; pero, alcanzado en 5 de mayo por el feldmariscal Mercy en Mergentheim, sufrió otra terrible derrota que le obligó á retirarse por Hammelburg y á refugiarse en Fulda.

Esta victoria no fué de trascendencia únicamente en el teatro de la guerra del Oeste, sino que por ella una parte de las tropas imperiales quedó en disposicion de acudir á los territorios hereditarios austriacos, obligando á Torstenson á levantar el asedio que habia puesto á Brun y á retirarse á Bohemia. Entretanto el emperador habia conseguido firmar una paz separada con el príncipe Rakoczy de Transilvania, con lo cual quedaba por de pronto evitado el peligro inmediato que amenazaba á Viena.

Sin embargo, no por esto cambió de una manera permanente la situacion político-militar del emperador, porque los franceses, despues que Condé se hubo unido nuevamente á Turena, lograron en cierto modo reparar los efectos de la derrota de Mergentheim atacando, en union con los hessenses y formando un ejército de 30.000 hombres, á los bávaros é imperiales y derrotándolos por completo en la batalla que en 3 de agosto se trabó en Allersheim, entre Nordlingen y Donauworth, y en la cual sucumbió heroicamente Mercy. Por otro lado Koenigsmark habia sentado su planta en Sajonia y se habia apoderado de todo el electorado, con excepcion de Dresde y de Königstein, á consecuencia de lo cual el elector Juan Jorge se vió obligado á firmar con Suecia un tratado de neutralidad por seis meses, por el cual, además de obligarse á pagar á los suecos ciertas cantidades y á entregarles abastos, les cedia las ciudades de Leipzig y Torgau y les permitía el libre paso por sus territorios (6 de setiembre de 1645).

Pocos dias despues, Dinamarca puso término á la guerra sueca firmando en Bromsebro un tratado de paz en virtud del cual Cristian otorgaba á Suecia completa franquicia aduanera en el Sund y le cedia las ciudades de Gothlandia y Oesel. Y como entretanto tambien el elector de Brandeburgo habia conseguido, despues de una negociacion tan prudente como hábil, firmar con Suecia un armisticio, los suecos lograron una indiscutible supremacia en la Alemania del Norte, mientras los franceses, despues de la victoria de Allersheim, se hacían fuertes en los círculos suabio y bávaro.

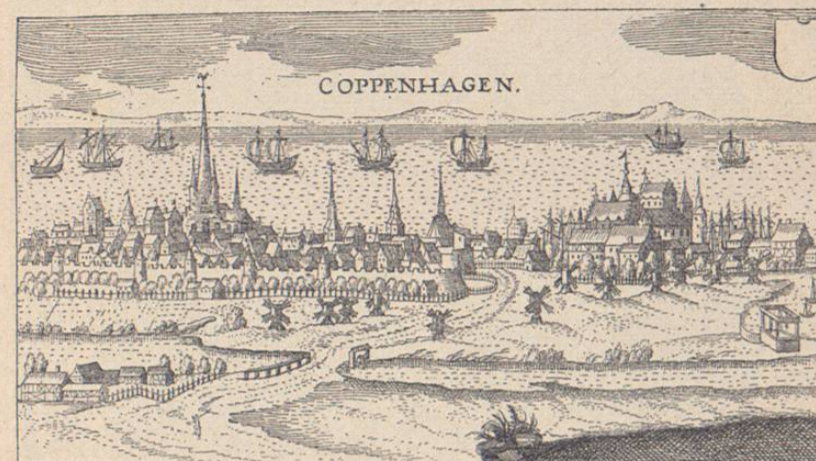
Era indudable, pues, que á pesar de haber tenido Torstenson que retirarse de Moravia y de Austria y de haberse visto obligado, por causa de enfermedad, á resignar en 25 de diciembre de 1645 el mando en Carlos Gustavo Wrangel, es indudable, decimos, que en aquel momento las armas sueco-francesas tenían evidente preponderancia en Alemania, de suerte que podían volver á respirar libremente los Estados protestantes y sobre todo Hesse, que tantas veja-

ciones habia sufrido durante los últimos años, desde que habia vuelto á unirse á Francia y á Suecia.

ÚLTIMAS LUCHAS Y COMIENZO DE LAS NEGOCIACIONES DE PAZ

De dos clases eran las grandes cuestiones por causa de las cuales, á pesar de los vehementes deseos de paz que tenían casi todos los Estados alemanes, continuaba aquella guerra que habia asolado todos los territorios de Alemania, incluso la Marca. Tratábase en primer lugar de las indemnizaciones que las dos potencias extranjeras, Francia y Suecia, exigían por los sacrificios en hombres y dinero que les costaba la guerra, y en segundo de la solucion de las trascendentales cuestiones jurídicas relacionadas con el Imperio y con la religión que ya en las décadas anteriores á la paz habian traído

consigo la total ruina de la constitucion imperial, que habian sido la causa fundamental de toda la guerra y que podían condensarse en estas dos exigencias de los protestantes: concesion de una amnistía general y restablecimiento del estado de cosas anterior á 1618. Precisamente la combinacion de estas dos cuestiones distintas en su esencia, pero estrechamente relacionadas una con otra, era lo que tan extraordinariamente dificultaba la realizacion de la obra de la paz. Poco á poco todos se habian ido apartando cada vez mas del pensamiento, concebido en formas muy irregulares por Wallenstein, de facilitar por medio de la union de los príncipes protestantes una accion comun contra las potencias extranjeras. Ahora, cuando los príncipes alemanes levantados en armas contra el emperador estaban unidos á Francia y á Suecia por una alianza indisoluble, cuando en vez de



Vista de Copenhague

Facsimile del grabado publicado en la obra de J. L. Gottfried: *Inventarium Sueciae* (1632)

la paz general alemana por la cual con tanto empeño habia trabajado Wallenstein habíase firmado la paz de Praga, que convirtió los últimos restos de la constitucion imperial en una relacion puramente derivada de un tratado, era imposible tratar de las cuestiones alemanas interiores sin satisfacer al propio tiempo las exigencias de indemnizacion que las potencias extranjeras formulaban; ambas cosas eran ya completamente inseparables. Por esta razon, cuantos seriamente pensaban en el restablecimiento de la paz, y en primer término el joven elector de Brandeburgo, querían que en el congreso de paz que desde 1643 comenzaba á reunirse en Munster y en Osnabruck se tratase simultáneamente de los asuntos extranjeros y de los interiores de Alemania, pues solo así, solo tomando parte en las negociaciones de paz propiamente dichas todos los Estados alemanes con iguales derechos, podían desaparecer las causas fundamentales del estado de guerra, solo así podían conseguirse la amnistía general y el restablecimiento del estado de cosas de 1618, que tambien exigían los Estados extranjeros. De haberse excluido del congreso de paz, como pretendía el emperador, la discusion de las cuestiones constitucionales y religiosas aplazándolas para una futura dieta, la solucion dada á las mismas no habria quedado garantizada por la paz, y aun es de suponer que tal solucion no hubiese sido nunca un hecho, pues en la dieta habria inmediatamente surgido la antigua lucha de los partidos que habia sido causa de que se disolviera la que se celebró antes de la guerra. Las viejas formas constitucionales que en modo alguno armonizaban con el modo de ser de la nacion, modificado por la disidencia reli-

giosa, eran inútiles ya, como claramente se habia visto con harta frecuencia, para resolver las dificultades que en el órden interior de Alemania se habian presentado; y sin embargo, en la dieta de diputaciones celebrada en Francfort en 1643 todavía el emperador habia querido atenerse á ellas, y lo habia querido á pesar de que ó quizás precisamente porque con el despojo del Palatinado y las repetidas tentativas de reaccion la antigua forma habíase quebrantado y habia aumentado la preponderancia de los católicos. Sin embargo de esto, el emperador habia exigido siempre ser en el congreso de paz el único representante del Imperio, que se componia de dos partidos perfectamente separados y en abierta lucha entre sí, á pesar de que seguía negándose á conceder la amnistía general, que era condicion indispensable para que ambos partidos se unieran. Solo poco á poco y á consecuencia de los grandes triunfos de sus adversarios fué abandonando el emperador esa intransigencia que hacia imposible el logro de una paz estable. Únicamente cuando los representantes de Francia y de Suecia asistentes á las asambleas de Munster y Osnabruck declararon terminantemente que no comenzarían las negociaciones hasta tanto que estuviesen representados en el congreso todos los Estados del Imperio; cuando vinieron á dar mayor fuerza á esta intimacion los brillantes triunfos militares de Torstenson, y cuando finalmente algunos Estados católicos sinceramente partidarios de la paz unieron sus esfuerzos á los de aquellos embajadores, únicamente entonces el emperador, que acababa de proponer la reunion de una nueva dieta de electores, cedió por lo menos en aquella cuestion de forma y